

África y la formación de la hegemonía atlántica

Alvaro Fernández Bravo



Costa e Silva, Alberto da. *A manilha e o libambo: África e a escravidão, de 1500 a 1700*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira / Fundação Biblioteca Nacional, 2002. 1071p.

Frantz Fanon dijo que Europa era, literalmente, una creación del Tercer Mundo. Queda mucho por estudiar acerca del rol cumplido por África en el proceso de “creación” de Europa y el papel del continente africano en la consolidación del mundo atlántico como el eje del comercio mundial durante la temprana modernidad. África fue, de hecho, un territorio clave en el establecimiento de la hegemonía europea y ocupó una posición de nexo entre el viejo y el nuevo mundo sobre cuyos vínculos se sostuvo la formación del capitalismo moderno. Durante la fase inicial del colonialismo, África alimentó con almas y con cuerpos, con el comercio y como un primer laboratorio de la experiencia colonial, el crecimiento del poder político de aquellos países europeos que,

no casualmente, hegemonizaron el tráfico transatlántico: Portugal, España, Francia, Holanda e Inglaterra. Las relaciones complejas y cambiantes del continente africano con la expansión del capitalismo a partir del descubrimiento de América merecen ser objeto de nuevos estudios y en esta dirección avanza *A manilha e o libambo*, una investigación erudita y ambiciosa.

Los *Atlantic Studies* han recibido un fuerte impulso en los últimos años, reconocible en un creciente número de monografías, libros y artículos académicos interesados en ese recorte posregional y transdisciplinario. Este nuevo campo, en el que África se toca con América Latina, el Caribe, los Estados Unidos y Europa, y donde se cruzan problemas como la formación de las identidades raciales, la diáspora afri-

cana, la inmigración europea, el exilio, la circulación de las ideas y el capital simbólico, el mestizaje y la violencia de los desplazamientos masivos, se encuentra aún en una etapa incipiente entre los estudios generados desde América Latina. El libro de Alberto Da Costa e Silva viene a llenar ese vacío, con una contribución que lee, organiza y clasifica una vasta bibliografía académica sobre África –predominantemente europea e inglesa– entre 1500 y 1700, durante el momento en que se intensifican los contactos entre el continente, Europa y América.

Precisamente el desplazamiento del eje comercial del tráfico transahariano de esclavos hacia el litoral atlántico es una de las transformaciones centrales analizadas en el libro. Un conjunto de preguntas contundentes articulan la

argumentación: ¿Cuáles fueron las razones para que “no fim do Seiscentos, nos territórios coloniais das Américas e em suas metrópoles européias, “escravo” e “negro” tinham passado a ser sinônimos”? (p.859) ¿Por qué “o que fora o habitual na Roma antiga e na Idade Média européia e sucedera algumas vezes na África tornar-se-ia impensável nas Américas: alguém ter um escravo branco”? (p. 859) La relación del continente africano con la expansión colonial europea resulta central para entender el proceso por el que la esclavitud se convirtió en la principal fuente de trabajo y energía del mundo colonial americano. La intervención europea, de la cual los navegantes portugueses fueron precursores, reorienta y multiplica el tráfico humano, convirtiendo la producción de esclavos en la principal exportación africana, en un proceso de crecimiento geométrico. Durante el siglo XVI los europeos habrían obtenido 325.000 esclavos en la región. En el siglo XVII, África habría exportado cerca de 1.868.000 individuos por los puertos del Atlántico y un millón más por el Sahara, el Mar Rojo y el Océano Índico. Esta cifra ya enorme, aumentó a 6.133.000 por el Atlántico y 1.300.000 por el Sahara, el Mar Rojo y el Indico en el siglo siguiente. Varias derivaciones se pueden extraer de estos números: un extraordinario crecimiento de la demanda pero también un corrimiento del origen de la mano de obra esclava, de Oriente a Occidente. El litoral atlántico subsahariano hasta la región de Luanda se convertirá entonces en la principal región de abastecimiento de esclavos para los traficantes europeos.

Como bien señala Costa e Silva en los primeros capítulos, la esclavitud es una práctica que devino en sinónimo del continente africano, pero cuya historia es mucho más extensa y compleja que una mera analogía con una región geográfica. Fue común entre los egipcios, los griegos y los romanos, existió durante la Edad Media en Europa, y también hay rastros de ella

entre las culturas amerindias y entre algunas civilizaciones asiáticas. Su identificación con el sujeto masculino adulto y de raza negra es un fenómeno generado a partir de la intervención europea en el continente africano y de este nudo argumentativo se desprenden las hipótesis más provocativas de la investigación. El término “esclavo” viene de “eslavo”, uno de los grupos étnicos empleado en la esclavitud durante la Edad Media, entre otros grupos como los celtas, los gitanos, los griegos y los búlgaros, capturados en Europa Central, en los Balcanes y en las orillas de los mares Negro y Caspio para abastecer un mercado todavía bastante más exiguo que el creado en América como resultado de la colonización europea. Esta oferta abastecía desde los harenes turcos hasta las islas del Mediterráneo y podía incluir a sujetos de raza blanca, mujeres o niños, además de rastros remotos de hombres negros esclavos, como los que se localizan en Irlanda en el 800. Sin embargo, la magnitud del comercio de seres humanos desde su práctica predominantemente doméstica hasta las dimensiones masivas que alcanzó en el siglo XIX sólo puede entenderse mediante un estudio de su desarrollo en las rutas atlánticas. Aquí se presenta uno de los problemas que el libro plantea, pero que no termina de resolver. Si la relación comercial transatlántica es central para comprender el incremento del tráfico de esclavos, ¿por qué no indagar el extremo americano de ese vínculo? ¿Cómo explicar el empleo masivo de esclavos africanos en el Caribe, Brasil y el sur de los Estados Unidos? ¿Qué factores determinaron el uso de mano de obra africana en las Américas y en qué se apoyó el éxito de esta práctica? El *libambo*—la cuerda que unía por el cuello a los esclavos entre sí, y que da título al libro— tenía dos puntas: una en África y la otra en América. Es lícito preguntarse por las razones que la unieron a la orilla americana.

El enorme crecimiento del tráfico de esclavos del siglo XVII al XVIII plan-

tea numerosos interrogantes. En el capítulo 3, “A escravidão entre os africanos”, Costa e Silva discute algunas de las premisas sobre las que se han sostenido las interpretaciones del fenómeno y propone algunos caminos alternativos. El primero de ellos apunta a desagregar el concepto de “esclavitud africana”: no hubo un solo tipo de esclavitud ni tampoco estuvo presente de manera homogénea en todo el continente. También resultan cuestionadas aquí las teorías absorcionistas que postulan una paulatina asimilación de los descendientes de esclavos a las comunidades donde se los sometía. Quienes han defendido esta interpretación—una romantización de la esclavitud africana— suponen la existencia de una “esclavitud blanda”, para distinguirla de las variantes de explotación masiva como las que tuvieron lugar en la economía de la plantación. No existen esclavitudes “benévolas”, ni tampoco deben confundirse órdenes familiares de padres e hijos con la relación de amo y esclavo, advierte el autor. Por el contrario, el libro traza un mapa exhaustivo de prácticas diversas: no ocurre lo mismo entre los *cheuas* de Mozambique, que se casaban con los o las cautivas para aumentar la prole, que con los vais de Liberia y Sierra Leone, entre los cuales los hijos de esclavos conservaban el estigma de su condición por generaciones. Uno de los datos más estremecedores recogidos en la investigación señala la práctica de enterrar a los esclavos muertos con las manos y los pies atados, como una muestra de que incluso después de muerto, el esclavo no abandonaba su condición. En todos los casos es preciso no perder de vista los aspectos más violentos de la esclavitud: la pérdida del control sobre el propio cuerpo y la muerte social como su rasgo más sobresaliente.

Una de las condiciones de posibilidad para el desarrollo de la esclavitud, argumenta el autor, se encuentra en la índole de extranjero al conjunto social característico de todo esclavo. El desplazamiento y la aculturación de los cautivos operó desde la antigüedad



como cláusula de su éxito: la distancia con la cultura de origen permitía administrar mejor a las poblaciones esclavas, disminuir el riesgo de fuga y facilitar su custodia pero sobre todo, al separar al esclavo de su comunidad, deshonrarlo simbólicamente y ritualmente. La esclavitud, por lo tanto, guarda semejanzas con una situación de exilio perpetuo y pérdida de los vínculos con el conjunto social de origen. La condición diaspórica y los movimientos masivos son entonces un rasgo funcional del fenómeno y allí aparece la necesidad de integrar al estudio de la esclavitud en África el de su contraparte americana. Los debates suscitados en torno a la “humanidad” de los indígenas americanos, la importación de africanos en el Caribe y la fundación de los discursos racistas se desprenden de la condición móvil y transcontinental del tráfico de esclavos.

El contacto entre europeos y africanos estudiado por Costa e Silva pone en cuestión ciertos presupuestos verificables asimismo en las interpretaciones de la conquista de América: el mito de los europeos recibidos como dioses por los nativos ya había sido

desacreditado en los estudios coloniales latinoamericanos y tampoco resulta creíble en el contexto africano. Antes que como dioses, los europeos fueron recibidos como mercaderes y su presencia produjo una dinamización del comercio.

El mercado y la irrupción del capitalismo produjo consecuencias paradójicas: enriqueció y fortaleció a los jefes locales, que aprendieron de su contacto con los europeos y de ese modo impidieron o retrasaron una dominación más completa del continente por parte de las metrópolis. Y también convirtió a África en abastecedor de un mercado ávido de *living labor*. Como consecuencia aumentó la dependencia de las colonias americanas del trabajo africano, subieron los precios de los esclavos, creció el poder y la riqueza de los líderes locales y se afianzó la relativa centralidad del continente en el comercio transatlántico. También los traficantes europeos expandieron sus ganancias y redes comerciales. El libro cuestiona así un conjunto de supuestos, como el “engaño” a que habrían sido sometidos los reyes africanos por parte de los tra-

ficantes (el intercambio de esclavos por caracoles o vidrio). La complicidad y los réditos obtenidos por los líderes políticos africanos en el negocio son para Costa e Silva la explicación más persuasiva del crecimiento del comercio de seres humanos. *A manilha e o libambo*, a lo largo de más de 1000 páginas, reúne una enciclopedia de datos y referencias sobre este proceso y nos permite repensar la posición de África. Queda por interrogar el otro extremo del *libambo*, tal vez incorporando junto a la lectura de fuentes originales como João de Barros y Duarte Pacheco Pereira, los testimonios de los viajeros y cronistas coloniales que escribieron sobre la margen americana del comercio transatlántico de esclavos: el mercado que permitió la formación y el crecimiento de un intercambio que transformó el rostro del mundo atlántico.

Alvaro Fernández Bravo es profesor de literatura de la Universidad San Andrés, Buenos Aires.

